

Hugo Boss

[Javier Corrales](#)

¿Alguna vez ha oído hablar de un régimen cada vez más fuerte a medida que tiene más oposición? Bienvenidos a Venezuela, un país con un presidente carismático, Hugo Chávez, que practica un nuevo estilo de autoritarismo. En parte provocador, en parte ejecutivo, en parte mago electoral, Chávez ha adaptado la tiranía a los tiempos modernos.



El paracaidista que se convirtió en presidente: Chávez ha consolidado su poder político y ha mantenido a sus aliados.

Durante los últimos años del siglo XX, Latinoamérica parecía haberse librado, por fin, de la reputación que le conferían las dictaduras militares. La ola democrática que barrió la región desde finales de los 70 parecía imparable. Ningún país latinoamericano, aparte de Haití, había recaído en el autoritarismo. Hubo algunos golpes de Estado, por supuesto, pero todos culminaron en el fracaso y el regreso del orden constitucional. Los sondeos en la zona mostraban un apoyo creciente a la democracia y el clima parecía hostil a los dictadores.

Entonces llegó Hugo Chávez, elegido presidente de Venezuela en diciembre de 1998. El teniente coronel había intentado dar un golpe seis años antes. Cuando fracasó, logró llegar al poder a través de las urnas, y hoy va camino de cumplir una década en su cargo. En este tiempo ha acumulado poder, ha acosado a sus rivales, ha

castigado a periodistas, ha perseguido a las organizaciones cívicas y ha incrementado el control del Estado sobre la economía. Sin embargo, también ha encontrado la forma de volver a poner de moda el autoritarismo, si no con las masas, al menos con los suficientes votantes como para ganar elecciones [las últimas las legislativas de diciembre pasado donde sólo obtuvo un 25% de los votos]. Y, con su feroz retórica en contra de Estados Unidos y el neoliberalismo, Chávez se ha convertido en un símbolo para muchos izquierdistas en todo el mundo.

Numerosos expertos, e indudablemente los partidarios de Chávez, se resisten a reconocer que Venezuela es una autocracia. Al fin y al cabo, Chávez gana votaciones, muchas veces con ayuda de los pobres. Ésa es la peculiaridad de su régimen. Ha eliminado prácticamente la contradicción entre autocracia y contienda política. Es más, su triunfo no es sólo resultado de su carisma ni de unas circunstancias extraordinarias. Chávez ha adaptado el autoritarismo a la era democrática. En un año en el que habrá elecciones en varios países latinoamericanos -entre ellos, México y Brasil-, su fórmula para el liderazgo puede inspirar a otros dirigentes en la región. Y su fama internacional puede hacer que, de aquí a no mucho, otros hombres fuertes de fuera de Latinoamérica también quieran intentar adoptar la nueva imagen Chávez.

EL DISFRAZ DEMOCRÁTICO

En Venezuela no hay ejecuciones en masa ni campos de concentración. La sociedad civil no ha desaparecido, como ocurrió en Cuba tras la revolución de 1959. No existe un terrorismo de Estado sistemático con miles de desaparecidos, como en Argentina o Chile durante los 70. Y, desde luego, no hay una burocracia entrometida y represiva como en el Pacto de Varsovia. De hecho, en Venezuela existen todavía una oposición activa y ruidosa, una prensa combativa y una sociedad civil vibrante y organizada. En otras palabras, es un país que parece casi democrático.

Sin embargo, por lo que respecta a la responsabilidad y los límites del poder presidencial, la situación no es halagüeña. Chávez ha conseguido tener el control absoluto de todas las instituciones del Estado. En 1999 diseñó una nueva Constitución que eliminó el Senado y, de esa forma, dejó una sola Cámara con la que negociar. Como Chávez no disponía más que de una mayoría limitada en esta legislatura unicameral, reformó las normas del Congreso

para permitir que las leyes importantes se puedan aprobar por mayoría simple, sin necesidad de alcanzar los dos tercios. Gracias a esa norma, Chávez obtuvo la aprobación del Congreso para ampliar el Tribunal Supremo de 20 a 32 magistrados, y ocupó los nuevos cargos con revolucionarios -que es como se llaman los chavistas a sí mismos- declarados.

En Venezuela existe todavía una oposición activa y ruidosa, una prensa combativa y una sociedad civil vibrante. Un país que parece casi democrático

Asimismo, Chávez es comandante en jefe por partida doble. Con el Ejército tradicional ha obtenido un control político sin precedentes. La Carta Magna eliminó la supervisión parlamentaria de los temas militares, una modificación que le permitió depurar a los generales desleales y promocionar a los fieles. Pero el mando de un solo Ejército no era suficiente para él, así que, en 2004, empezó a reunir una fuerza paralela de reservistas urbanos, que confía en ampliar de los 100.000 miembros actuales a dos millones. En Colombia, los 10.000 paramilitares de extrema derecha influyeron en el rumbo de la lucha contra la guerrilla. Dos millones de reservistas pueden significar no tener que estar jamás en la oposición.

Igualmente importante es el hecho de que Chávez dirige el instituto encargado de supervisar las elecciones, el Consejo Electoral Nacional, y la gigantesca Petróleos de Venezuela (PDVSA), que suministra la mayor parte de los ingresos del Gobierno. Su dominio del organismo electoral permite pasar por alto las irregularidades electorales cometidas por el Estado. Su poder sobre el sector petrolero permite que el Estado gaste todo el dinero que quiera, y eso resulta muy útil en periodos electorales.

Es decir, Chávez controla la legislatura, el Tribunal Supremo, dos Fuerzas Armadas, la única fuente importante de ingresos del país y la institución que vigila las normas electorales. Por si fuera poco, una nueva ley de medios de comunicación autoriza al Estado a supervisar el contenido informativo y un código penal revisado le deja encarcelar a cualquier ciudadano por mostrar "falta de respeto" a funcionarios del Gobierno. Además, con la publicación en Internet de las listas de votantes y sus tendencias políticas -incluido el dato de si firmaron la petición para que hubiera un referéndum de censura

en 2004-, Venezuela ha logrado practicar la petición de responsabilidades a la inversa. El Estado vigila y castiga a los ciudadanos por las acciones políticas que desaprueba, en lugar de lo contrario. Si democracia es controlar el poder de los gobernantes, Venezuela está muy lejos de eso.

POLARIZA Y VENCERÁS

Los pasos de Chávez para hacerse con el poder se han encontrado con protestas de sus adversarios. Entre 2001 y 2004, más de diecinueve manifestaciones masivas, múltiples caceroladas y una huelga general en PDVSA paralizaron el país. Un golpe le apartó brevemente de su cargo en abril de 2002. Poco después, y pese a los obstáculos interpuestos por el Consejo Electoral, la oposición logró reunir en dos ocasiones las firmas suficientes -3,2 millones en febrero de 2003 y 3,4 en diciembre de 2003- para pedir un referéndum de censura presidencial.

Pero la cosa sólo llegó hasta ahí. Chávez venció en el plebiscito de 2004 y la oposición se vino abajo. Para muchos analistas, su capacidad para mantenerse en el poder es fácil de explicar: los pobres le adoran. Su argumento es que puede que sea un caudillo, pero, a diferencia de otros, da la imagen de un auténtico Robin Hood. Con su retórica integradora y su derroche a la hora de gastar, sobre todo desde finales de 2003, Chávez ha abordado las necesidades espirituales y materiales de los pobres venezolanos, que, en 2004, representaban el 60% de los hogares del país.

Ahora bien, reducir sus triunfos políticos a un caso de redención social es ignorar la complejidad de su figura y el peligro del precedente que está creando. Es innegable que Chávez ha llevado programas sociales innovadores a unos barrios que el Estado venezolano y el sector privado habían abandonado en manos de las bandas criminales. También impulsó uno de los aumentos más espectaculares del gasto público en los países en vías de desarrollo: del 19% del PIB en 1999 a más del 30% en 2004. Sin embargo, no ha mejorado ningún parámetro importante de pobreza, educación o igualdad. Y, lo que es peor, los pobres tampoco le apoyan en masa. Casi todos los sondeos revelan que al menos el 30% de ellos desaprueba su labor. Y se puede decir que, entre el 30% y el 40% del electorado que se abstiene en las elecciones, la mayoría es de rentas bajas.



Pedir ayuda:
manifestantes
de la oposición
se enfrentan con
la policía durante
una
manifestación en
una barriada pro
Chávez en
diciembre de
2002.

La incapacidad de Chávez para controlar a los pobres es el factor fundamental que ayuda a entender su nuevo estilo de dictadura, que podríamos llamar "autocracia competitiva". Un autócrata competitivo tiene apoyo suficiente para competir en las elecciones, pero no tanto como para aplastar a la oposición.

La coalición de Chávez engloba a sectores de los pobres, la mayor parte de un Ejército minuciosamente depurado y muchos políticos de izquierdas marginados desde hace tiempo. En ese sentido, Chávez se diferencia de otros dos tipos de dictadores: el autócrata impopular, que cuenta con pocos partidarios y tiene que recurrir a la represión, y el autócrata con comodidad, que se enfrenta a escasa oposición y puede relajarse en el poder. La oposición a Chávez tiene demasiada fuerza para ser objeto de una represión descarada, aparte de que las consecuencias internacionales serían insostenibles. De modo que Chávez mantiene una apariencia de democracia, y eso le obliga a ser más listo que la oposición. Su solución no es prohibir, sino enfrentarse.

Ha descubierto que puede concentrar el mando más fácilmente frente a una oposición violenta que a una prohibida, y, al actuar de esa forma, está reescribiendo el manual sobre cómo ser autoritario en estos tiempos. He aquí el método.

Atacar a los partidos políticos. Después del golpe fallido de 1992, Chávez decidió probar suerte en las elecciones en 1998. Su estrategia de campaña tenía un tema fundamental: la maldad de las fuerzas políticas. Sus ataques a la partidocracia eran más frecuentes que sus críticas del neoliberalismo, y el mensaje cayó bien

en el electorado. Como en la mayoría de los países en vías de desarrollo, el descontento respecto a los partidos existentes era profundo y generalizado, por lo que atrajo a la izquierda y a la derecha, a los jóvenes y a los viejos, al votante tradicional y al no votante. Este mensaje no sólo le dio la victoria, sino que, en diciembre de 1999, hizo posible que se aprobara una de las constituciones más contrarias a los partidos de todas las democracias latinoamericanas. Su plan para concentrar el poder empezaba bien.

Polarizar la sociedad. Después de asegurarse el puesto, el autócrata competitivo tiene que polarizar el sistema político. Con esta maniobra, vacía el centro y mantiene la unidad dentro de sus filas. Reducir el tamaño del centro político es crucial para el autócrata competitivo. En la mayoría de las sociedades, el centro ideológico está muy poblado, y eso es un problema para los aspirantes a autoritarios, porque los votantes moderados no suelen escoger a extremistas.

La solución es provocar a los rivales para arrinconarlos en posiciones extremas. El ascenso de los dos polos opuestos divide el centro: la izquierda moderada, horrorizada ante la derecha, oscila hacia la izquierda radical, y lo mismo ocurre en el otro lado. El centro nunca desaparece, pero sí disminuye. Gracias a ello, nuestro aspirante a autócrata tiene la posibilidad de obtener más de un tercio de los votos en cada elección, quizá incluso la mayoría. Chávez logró polarizar el sistema ya en octubre de 2000 con su Decreto 1011, por el que pensaba nacionalizar los colegios privados y cargar de ideología la enseñanza pública. La oposición reaccionó como era de prever: se vio invadida por el pánico, se movilizó y adoptó una firme postura de defensa del *statu quo*.

El centro empezó a desaparecer.

El populismo de Chávez es grandilocuente, pero selectivo. Sus partidarios reciben favores inimaginables y sus detractores reciben insultos

Entre tanto, los partidarios de Chávez estaban llenos de energía y no se quejaban mientras iba colonizando las instituciones que obstaculizaban su poder. Esta energía dentro del movimiento es esencial para el autócrata competitivo, que, en realidad, corre más riesgo de discrepancias internas que los dictadores impopulares porque la coalición que le apoya es más

heterogénea. Por eso tiene que identificar constantemente mecanismos para aliviar las tensiones internas. La solución es sencilla: agrupar a las bases descontentas mediante recompensas generosas y provocar a la oposición para que siempre haya un monstruo contra el que alzarse.

Repartir la riqueza de forma selectiva. Quienes suponen que el populismo de Chávez beneficia a los ciudadanos con arreglo a las necesidades, y no a la utilidad política, no entienden la autocracia competitiva. Su populismo es grandilocuente, pero selectivo. Sus partidarios reciben favores inimaginables, sus detractores insultos. Negar los despojos a los adversarios, al mismo tiempo que se despilfarra el botín entre los partidarios, tiene la ventaja añadida de que indigna a los que no están en su bando y alimenta la polarización que necesita. Chávez cuenta con enormes recursos. Al fin y al cabo, es uno de los consejeros delegados más poderosos del mundo en uno de los negocios más rentables del mundo: el de vender petróleo a Estados Unidos. PDVSA, cuyas ventas en 2005 ascendieron, según se calcula, a 84.000 millones de dólares (unos 71.000 millones de euros), posee las quintas reservas de *oro negro* de propiedad estatal del planeta y los mayores ingresos de Latinoamérica después de PEMEX, la petrolera estatal de México. Como PDVSA participa en la venta de crudo al por mayor y al por menor en EE UU (es dueña de CITGO, una de las mayores empresas de refino y distribución en aquel país), sus ganancias están aseguradas.

Ahora bien, dedicarse a repartir el dinero del petróleo no es suficientemente polarizador. Chávez necesita conflictos, y su reciente expropiación de tierras privadas se los ha proporcionado. A mediados de 2005, el Ejecutivo, en cooperación con los gobernadores y la Guardia Nacional, comenzó a incautarse de tierras. En agosto y septiembre se expropiaron más de 100.000 hectáreas, y el Gobierno anunció que tiene intención de hacerse con más. La Constitución sólo autoriza las expropiaciones cuando la Asamblea Nacional las ha aprobado o la propiedad ha sido declarada abandonada. Pero Chávez ha encontrado otra vía: poner en tela de juicio los títulos de propiedad y afirmar que los terrenos son propiedad del Estado. Sus partidarios se han apresurado a aplaudir la medida como propia de Robin Hood. Como es natural, un Gobierno interesado de veras en ayudar a los pobres habría podido limitarse a distribuir parte de las tierras que ya posee, el 50% del territorio venezolano, en su mayoría

baldío. Pero regalar tierras estatales sería una medida que no indignaría a nadie.

Dejar que la burocracia se descomponga. Algunas dictaduras, como la de Myanmar (antigua Birmania), tratan de alcanzar la legitimidad a base de establecer el orden; otras, como la china, mediante la prosperidad económica. Ambos tipos necesitan una burocracia de primera categoría. Un autócrata competitivo como Chávez no necesita ese nivel de competencia. Puede dejar que la burocracia se deteriore, con una excepción: las oficinas de recuento de votos. Tal vez la mejor prueba de que Chávez fomenta el caos de la Administración es el movimiento de entradas y salidas en el Gobierno. Es imposible tener políticas coherentes cuando a los ministros no les da tiempo ni a decorar sus despachos. Por término medio, Chávez cambia más de la mitad de su Gabinete cada año.

Y, sin embargo, está construyendo una poderosísima máquina electoral. Al frente de las elecciones se encuentran las mejores mentes y los técnicos más hábiles. Uno de los *magos*

electorales es

el discreto ministro de Hacienda, Nelson Merentes, que dedica más tiempo a preocuparse por los comicios que a la solvencia fiscal. La tarea asignada a Merentes está clara: extraer el mayor número posible de escaños de unos resultados electorales mediocres. Una labor que exige conocer a la perfección las complejidades de los sistemas electorales, manipular eficazmente el reparto de distritos, movilizar a nuevos votantes, conocer con detalle las tendencias políticas y, por supuesto, tener una pizca de marrullería. Es indispensable una buena cabeza para los números. Merentes, cosa que no puede sorprender, es matemático de formación.


[Descargar](#)
[Imagen Ampliada](#)

Los resultados están a la vista. En Venezuela, para renovar un pasaporte hacen falta meses; en cambio, en menos de dos años, se han inscrito más de 2,7 millones de nuevos votantes (casi 3.700 nuevos votantes diarios), según *El Universal*, un diario de Caracas favorable a la oposición.

Para el referéndum de censura, el Gobierno estuvo añadiendo nombres a la lista hasta 30 días antes de la votación, por lo que fue imposible comprobar las irregularidades. Se nacionalizó e inscribió por la vía rápida a más de 530.000 extranjeros en menos de 20 meses, y se transfirió a más de 3,3 millones de votantes a nuevos distritos electorales.

Los estrategias electorales de Chávez han descubierto, asimismo, cómo aprovechar el doble sistema electoral del país, en el que el 60% de los escaños se eligen de forma individual y el resto se distribuye entre las listas de candidatos elaboradas por los partidos. El sistema está pensado para favorecer a la segunda formación más votada. El partido que vence en las elecciones nominales pierde varios escaños según el método de representación proporcional, y éstos se asignan al que va detrás.

Para manipular la maquinaria, el Gobierno ha adoptado el sistema de las *morochas*, que en la jerga local quiere decir "gemelas". Los agentes gubernamentales crean un nuevo partido, que se presenta por separado en las elecciones individuales. De esa forma, Chávez evita la penalización que sufre normalmente el partido que gana en ambos sistemas y los escaños que irían a parar a la oposición quedan en manos de la misma gente que ha ganado

los escaños individuales, precisamente lo que el sistema pretendía evitar. Por ejemplo, en las elecciones locales de agosto de 2005, los chavistas obtuvieron el 77% de los cargos en la ciudad de Valencia, con sólo el 37% de los votos. Sin las *morochas*, el Gobierno habría obtenido el 46%. La legalidad de muchas estrategias electorales del Ejecutivo es dudosa, y ahí es donde resulta útil tener el control del Consejo Electoral Nacional y el Tribunal Supremo. Hasta el momento, ninguno de los dos órganos ha fallado en contra de ninguna acción electoral del Gobierno.

El hombre que está en todas partes

El petróleo y una ideología expansiva hacen que la influencia de Chávez no conozca límites



Fidelidad: el presidente venezolano tiene un amigo leal en Cuba.

Cuando Hugo Chávez viaja, la controversia le sigue de cerca. En los últimos años, las peregrinaciones del líder venezolano han empezado a parecerse a un espectáculo itinerante de tema antiamericano. Hace hincapié en visitar países enfrentados con Estados Unidos -Cuba, Irán y Libia-, en los que se le considera un hombre de Estado valiente y progresista.

Pero Chávez no sólo vende sus peroratas antiamericanas. Su potente mezcla de ideología y dinero del petróleo hace que se inmiscuya cada vez más en la política interna de los países vecinos, para enorme frustración de algunos dirigentes latinoamericanos. "Chávez está organizando en toda Latinoamérica una campaña para inmiscuirse en los procesos electorales de Colombia, México y Nicaragua", dice el ex ministro mexicano de Exteriores Jorge Castañeda.

Una táctica que utiliza mucho Chávez es la de financiar grupos de la sociedad civil que sean de izquierda y tengan aspiraciones políticas. En Nicaragua hizo campaña por el líder sandinista marxista Daniel Ortega y le ofreció petróleo barato. En Brasil, Chávez ha apoyado al Movimiento de los Sin Tierra, que propugna una redistribución radical de las tierras. El presidente venezolano ha intervenido activamente también en Bolivia, donde ha financiado a los *cocaleros*. Evo Morales, el nuevo presidente boliviano, ha adoptado la costumbre de llamar a Chávez "mi comandante".

Enemistarse con la superpotencia. Tras el referéndum de censura de 2004, en el que Chávez obtuvo el 58% de los votos, la oposición cayó en estado comatoso, escandalizada no tanto por los resultados como por la facilidad con la que los observadores internacionales avalaron la endeble inspección de los resultados por parte del Consejo Electoral. Para Chávez, el pasmado silencio de la oposición ha tenido sus pros y sus contras. Le abrió el camino para nuevas intromisiones del Estado, pero le dejó sin nadie a quien atacar. ¿Cuál fue la solución? Tomarla con EE UU. Las arremetidas de Chávez contra Washington se intensificaron a partir de finales de 2004. Despellejar a la superpotencia cumple el mismo objetivo que enfrentarse a la oposición nacional: ayuda a unir y distraer a su amplia coalición. Pero tiene una ventaja añadida: le gana el afecto de la izquierda internacional.

Todos los autócratas necesitan el respaldo del mundo. Muchos lo buscan a base de arrimarse a las superpotencias. El método de Chávez consiste en ser un antiimperialista furibundo. No ha hecho todavía nada para salvar a Venezuela de la pobreza, el militarismo, la corrupción, el crimen, la dependencia del petróleo, el capitalismo monopolístico o cualquier otro problema de los que preocupan a la izquierda internacional. Tiene pocos triunfos socialdemócratas de los que presumir, y necesita desesperadamente algo que cautive a la izquierda. Así que juega la baza antiimperialista porque no tiene nada más.

Lo mejor de esta política es que, en definitiva, no importa cómo reaccione EE UU. Si mira hacia otro lado (como hizo, más o menos, hasta 2004), da la impresión de que Chávez ha ganado. Si reacciona de forma desmesurada, como está haciendo cada vez más en los últimos meses, Chávez demuestra que tiene razón. Que los aspirantes a autócratas tomen nota: atacar verbalmente a Washington es un método poco arriesgado y muy rentable.

CAOS CONTROLADO

Al final, todos los regímenes autoritarios buscan el poder guiándose por el mismo principio. Elevan la tolerancia de la sociedad respecto a la intervención del Estado. Thomas Hobbes, el filósofo británico del siglo XVII, ofrecía varios consejos para alcanzar este objetivo. Cuanta más inseguridad afrontan los ciudadanos -cuanto más cerca viven de la condición brutal de la naturaleza-, más agradecen la

intervención del poder del Estado. Es posible que Chávez no haya leído a Hobbes, pero entiende su pensamiento a la perfección. Por eso no tiene ninguna prisa en abordar las diversas crisis. En vez de reparar el catastrófico sistema de salud del país, abre varios hospitales militares a pacientes escogidos y lleva a médicos cubanos para que dirijan clínicas provisionales. En vez de remediar la falta de competitividad de la economía, ofrece subsidios y protección a los agentes económicos en situación difícil. En vez de acabar con la inflación, factor fundamental para aliviar la pobreza, establece controles de precios y crea tiendas locales con precios subvencionados. En vez de promover derechos de propiedad estables para impulsar la inversión y el empleo, aumenta los puestos de trabajo del sector público.

Como casi todos los diseñadores de moda, Chávez no es del todo original. Su estilo autoritario tiene varias influencias. Su antiamericanismo, por ejemplo, es puro Castro; su utilización de los recursos estatales para recompensar a los leales y castigar a los detractores es populismo latinoamericano por antonomasia; y su propensión a llenar las instituciones de simpatizantes está aprendida, seguramente, de varios presidentes con mentalidad de mercado que gobernaron en los 90.

Chávez ha absorbido y fundido estas técnicas en un modelo coherente de autoritarismo contemporáneo. El alumno está convirtiéndose en maestro, y su programa resulta apropiado para el mundo posttotalitario de hoy, en el que la democracia en los países en vías de desarrollo tiene la fuerza suficiente para sobrevivir a los golpes de Estado tradicionales, pero se ve acosada por el caos institucional. Desde Ecuador hasta Egipto o Rusia existe un inmenso terreno abonado para el autoritarismo competitivo. Cuando el presidente de EE UU, George W. Bush, criticó a Chávez tras la Cumbre de las Américas celebrada en noviembre en Argentina, quizá se consoló con la idea de que es un lobo solitario en medio de la ola de democracia que recorre el mundo. Pero Chávez ya ha aprendido bastante bien a navegar esa ola, y es posible que otros sigan su estela.

[¿Algo más?]

El ascenso del autoritarismo competitivo sigue siendo un terreno por explorar. Una excepción destacada es el ensayo de Lucan Way ***Authoritarian State Building and the Sources of Regime Competitiveness in the Fourth Wave: The Cases of Belarus, Moldova, Russia, and Ukraine*** (World Politics, enero de 2005). Marina Ottaway ofrece una perspectiva más general sobre el fenómeno en ***Democracy Challenged: The Rise of Semi-Authoritarianism*** (Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 2003). Un personaje tan pintoresco como Chávez ha generado su propia literatura. El periodista británico Richard Gott ha escrito un interesante relato de su turbulento ascenso al poder en ***Hugo Chávez and the Bolivarian Revolution*** (Verso, Nueva York, 2005). Otros pormenorizados retratos son los de Cristina Marcano y Alberto Barrera Tyszka, ***Hugo Chávez sin uniforme*** (Ed. Debate, Argentina, 2005), y Fausto Masó, ***Los amantes del tango*** (Ed. Debate, Argentina, 2004), un ensayo que analiza las similitudes entre Fidel Castro y el líder venezolano. Un debate más variado y teórico sobre el descenso de Venezuela hacia el autoritarismo es el que figura en ***The Unraveling of Representative Democracy in Venezuela*** (Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2004), dirigido por Jennifer McCoy y David Myers.

image not found or type unknown



¿Alguna vez ha oído hablar de un régimen cada vez más fuerte a medida que tiene más oposición? Bienvenidos a Venezuela, un país con un presidente carismático, Hugo Chávez, que practica un nuevo estilo de autoritarismo. En parte provocador, en parte ejecutivo, en parte mago electoral, Chávez ha adaptado la tiranía a los tiempos modernos. [Javier Corrales](#)



El paracaidista
que se convirtió
en
presidente:
Chávez
ha consolidado
su poder político
y ha mantenido a
sus aliados.
lobal.org/wp-
content/uploads/algoMas_03.gif"
alt=""
width="428?
height="6? />

Fecha de creación

17 octubre, 2007